



ISSN 1852 - 057 X

REVISTA TEOLÓGICA

Confesión y absolución en el culto eucarístico

Celebrando un mensaje

Celebrando un mensaje: reacción a la ponencia de Bustamante

Constitución del matrimonio

La doctrina de la justificación

Nro. 167 | Año 49 | Abril de 2010
Publicación anual del Seminario Concordia
Escuela Superior de Teología de la
Iglesia Evangélica Luterana Argentina
Fundada en 1942

Revista Teológica Nro. 167 Año 49
DICIEMBRE 2009

Publicación anual del Seminario Concordia
Escuela Superior de Teología de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina
Fundada en 1942

Calle 49 N° 7200 (Ex. Libertad 1650)
B1655DEH - José León Suárez
Buenos Aires - Argentina
Tel. (011) 4729-6415 - Fax (011) 4729-0345
E-Mail: seminario_concordia@arnetbiz.com.ar

Índice

Confesión y absolución en el culto eucarístico	
Escrito por Antonio Ricardo Schimpf	7
Celebrando un mensaje	
Escrito por Roberto E. Bustamante	27
Celebrando un mensaje: reacción a la ponencia de Bustamante	
Escrito por Leopoldo A. Sánchez M.	43
Constitución del matrimonio	
Escrito por Damián Jorge Fischer	51
La doctrina de la justificación	
Escrito por Daniel Preus	61

Celebrando un mensaje

Escrito por Roberto E. Bustamante

Esta ponencia fue presentada por Roberto Bustamante en la III Convención Nacional del Ministerio Hispano de LCMS, que tuvo lugar los días 21 al 24 de julio de 2009 en Orlando, Florida, USA. En dicho evento participaron unos doscientos representantes de distintos ministerios hispanos en Estados Unidos: congregaciones hispanas, institutos bíblicos regionales, Centro de Estudios Hispanos del Concordia Seminary, Editorial Concordia (CPH), LCMS-WM, LLL y las principales autoridades del Sínodo, comenzando por el presidente Dr. Jerry Kieschnick. El lema, inspirado en Efesios 4, fue “Celebrando una Misión, un Mensaje, un Pueblo”. El gran tema que quisieron abordar es cómo encarar como iglesia confesional la misión hacia el pueblo hispano y latino. En esto se encuentran en el mismo lugar que nosotros en Latinoamérica. Hubo varias actividades: tres ponencias y reacciones. Ésta fue la segunda de tres ponencias y su reacción.

Introducción

Hablar de celebración y festejo en un contexto como el que nos convoca, por cierto que es agradable y atractivo, tanto para ustedes como para mí. ¿Qué mejor que retirarnos de la lucha cotidiana, de la árida soledad del ministerio, de las tentaciones que golpean nuestras convicciones y vocación cada vez con mayor

poder para recibir palabras de aliento y refrescarnos en un ámbito de regocijo? No obstante esto, por tentadora que sea la propuesta, los invito a cuestionarnos seriamente si “celebrar un mensaje” es realmente lo más apropiado para la coyuntura en la que nos encontramos: coyuntura ésta de tener este niño llamado misión-entre-latinos todavía medio encajado en

el canal de parto (al igual que toda iglesia luterana confesional - Junkans, 2005); coyuntura ésta de ser llamados a una tarea que nunca constituyó una fuente de placer para sus agentes, sino de padecimiento y cruz; coyuntura ésta de ser enviados a trabajar en medio de un pueblo, el latinoamericano, que parece nunca poder quitarse el estigma de la pobreza, el dolor y la marginalidad. ¿Vamos a “celebrar un mensaje” en este contexto?

Aunque viví en los Estados Unidos por algo más que un año, no puedo hablar del padecimiento del inmigrante latino en base a mi experiencia. A decir verdad, tampoco creo poder aportarles a ustedes, que conviven con inmigrantes latinos a diario o que son inmigrantes latinos, algo sobre la experiencia de inmigrar en Estados Unidos. Lo que traigo a continuación, por tanto, no apunta a enseñarles a ustedes sobre el tema, sino simplemente a darle entidad y consideración a algunos aspectos de la inmigración en el tratamiento de nuestro tema.

Justo González (ya sí, desde adentro de esta historia) describe la polaridad de paraíso e infierno que experimenta el inmigrante latino, al que él define como un refugiado en alguno de los siguientes sentidos: en lo político, en lo económico o en lo ideológico (González, 2006, p. 51). Por un lado, el latino viene escapando de un pasado y de una tierra que, aunque añorados y valorados en muchos sentidos,

alcanzaron la medida suficiente de infierno para hacerlo huir en busca de un futuro mejor. Estados Unidos, en la otra punta del segmento, cristaliza esos sueños y encarna el paraíso anhelado.¹ Ahora bien, la realidad es que a un infierno político, económico e ideológico le corresponde un paraíso cuya imagen es configurada sobre las mismas coordenadas (políticas, económicas e ideológicas). Debemos reconocer que nuestro discurso, como iglesia histórica y confesional, configura al paraíso a partir de coordenadas muy diferentes. ¿Celebrar *nuestro* mensaje en este contexto?

La polaridad de la que habla González consiste en que el inmigrante refugiado es, al mismo tiempo, un exiliado: vive en una tierra extraña y nunca deja de ser un extraño para esa misma tierra. Pese a que frente a aquel infierno del pasado representa un paraíso, y en algunos aspectos lo hace de forma satisfactoria, la situación de marginalidad y desventaja, y (como dice Daniel Groody, 2008) la crucifixión social, política, económica, psicológica, religiosa y física por la que atraviesa la mayoría de estos “exiliados”, hace que esta nueva tierra sea también tierra de padecimiento y dolor.² ¿Celebrar en este contexto? ¿Celebrar algo etéreo como *un mensaje* en este contexto?³ ¿No es esto ignorar abiertamente el padecimiento por el que está pasando el pueblo inmigrante al que misionamos?

Trayendo la mirada ahora un poco más acá,

poniéndonos bajo la mira a nosotros mismos como iglesia, cómo nos pensamos como iglesia y cómo encaramos nuestra misión (nuestra eclesiología y misiología), la pregunta sigue resonando: ¿celebrar es lo que nos corresponde en este contexto?

Una eclesiología bíblica y confesional, que es sin dudas como queremos y tenemos que pensarlos, empieza donde empieza toda teología: en la cruz de Cristo. Nuestra teología bíblica, teología de la cruz, nos habla fundamentalmente del escandaloso modo y lugar en que sucede la revelación divina: Dios se vuelve un Dios revelado (*Deus revelatus*) en la cruz de Cristo, “a la luz de la pasión y de la cruz” (Lutero, 1967-1985, [en adelante OL] 1:31), de otro modo sigue siendo oculto (*Deus absconditus*). En línea con esto, por venir detrás del crucificado y siendo su propio cuerpo, la iglesia de Cristo, que es por naturaleza invisible (*ecclesia invisibilis*) y oculta (*ecclesia abscondita*), se manifiesta allí donde están las marcas visibles (*notae ecclesiae*) que Dios mismo escogió. Como es de esperar, entre las marcas que manifiestan la verdadera iglesia del crucificado no se encuentran el éxito o la prosperidad, sino el padecimiento de la cruz.⁴ Es ésta la primera lección de eclesiología que el apóstol Pablo imparte entre sus iglesias, al cerrar el primer viaje misionero (Hechos 14:21-23); es ésta la forma en que Ignacio de Antioquía entiende que se llega a “ser real-

mente un discípulo de Jesucristo” (*A los Romanos* 4:2): muriendo como aquél de quien ansiamos seguir los pasos; es esto a lo que se refiere Lutero cuando sostiene que “el que no está dispuesto a ser un *cruciano*, tampoco es un cristiano” (Lutero – citado en Pieper, 1950-1957, 3:71), o de lo que habla Heiko Oberman (1982, p. 304) al decir que “no hay otra Iglesia que la perseguida, que participa en su historia de los sufrimientos de Cristo. Y a esta Iglesia sólo pertenece quien no intenta eludir la tentación y la desgracia.” ¿Vamos a forjarnos como iglesia latina luterana confesional desde la perspectiva de la celebración? ¿No es esta una eclesiología extraña?

En lo que a la tarea y al desafío misional se refiere, se vuelve necesario discernir el tiempo en el que estamos parados: según las categorías del Predicador, ¿es éste un tiempo para llorar o para reír, tiempo de hacer duelo o de bailar? (Eclesiastés 3:4). Consideremos por un momento algunos datos estadísticos, que nos dan un retrato de la realidad en la que estamos parados:

- En el año 2007 había más de 45 millones de latinos en este país.
- Un estudio realizado a fines del 2006 por el *Pew Hispanic Center* (2007) señala que el 18 % de los inmigrantes latinos cambia de denominación o abandona la iglesia al llegar a los Estados Unidos (= 8 millones).
- El mismo estudio devela que el 0.2 % de los

inmigrantes latinos son luteranos (= 90 mil).

- La organización de la presente Convención Nacional Hispana estima que 10 mil de esos luteranos latinos pertenecen a LCMS.⁵
- Una mayoría abrumadora de los inmigrantes que cambian de denominación (el 86.5 % = 7 millones) señala que un factor determinante para su conversión fue la búsqueda de una experiencia más directa y personal de Dios (en términos carismáticos – Pew Hispanic Center, 2007, p. 42). (No por nada, entonces, los luteranos vemos pasar por el costado gran parte de esta “movilidad religiosa” que se desplaza desde el catolicismo al pentecostalismo.)

¿Qué tiempo es éste? ¿Es tiempo de celebrar o de revisarnos, arrepentirnos y consumir nuestras fuerzas en un trabajo que todavía está allí pendiente? ¿Celebrar ahora no es revertir el orden de los factores planteados por el salmista que avizora un tiempo de regocijo, sí, pero para la hora de la siega que sigue después de una siembra con lágrimas (Salmo 126:5-6)? ¿Celebrar ahora no es desatender la tremenda advertencia con que Lutero cierra sus 95 Tesis diciendo: “Que se vayan pues todos aquellos profetas que dicen al pueblo de Cristo: «Paz, paz»; y no hay paz. Que prosperen todos aquellos profetas que dicen al pueblo: «Cruz, cruz» y no hay cruz. Es menester exhortar a los cristianos que se esfuercen por seguir a Cristo, su cabeza, a través de penas, muertes e in-

fierno” (OL 1:15)?

No traigo este cuestionamiento ni para “aguar la fiesta” ni como mera estrategia retórica. Aunque algunas de las preguntas aquí formuladas son cuestionables en su validez, otras pueden constituirse en la advertencia que necesitamos constante y totalmente a causa de nuestro ser constante y totalmente pecadores.⁶ No obstante ello, quiero proponer, en línea con quienes gestaron el lema para el Sínodo todo y para esta Convención, que la celebración de este “un mensaje” es precisamente la pieza que el Ministerio Hispano de LCMS necesita para abordar el desafío de la misión latina. Déjenme colocar esta idea utilizando como ejemplo al programa televisivo de origen japonés “Hole in the Wall” (o, en su versión española, “El muro infernal”).⁷ Si, como Convención Hispana, estuviéramos participando en “Hole in the Wall”, podríamos decir que las particularidades del pueblo inmigrante latino (hacia el que se dirigen los esfuerzos misionales), junto con las particularidades de la identidad y matriz luterana confesional (desde donde parten estos esfuerzos misionales), definen la forma particular de ese “hueco en la pared” (el desafío que tenemos adelante, en nuestro camino). La posición en la que necesitamos ubicarnos para “calzar en el hueco” es precisamente celebrar este “un mensaje”.

Celebración como clave para la misión

hispana

Tomar a la celebración como marco para entendernos a nosotros mismos y para llevar adelante la misión nos expone a altos riesgos. Esta invitación a celebrar puede iniciarnos (o enterrarnos) en el camino del hedonismo propio de nuestra cultura posmoderna, donde la celebración es un rito inerte más dentro de la apática rutina burguesa, rito con el que aprendemos a suavizar la gravedad del dilema humano o a desconectarnos de la tragedia que nos rodea. O pio que adormece la conciencia (como acusara Karl Marx) o que ofrece un bypass a aquello que nos produce desesperación.

Pero ésta no es la única alternativa para entender la celebración. Las Escrituras, la historia de la salvación y la historia de aquellos que nos precedieron en la fe están atravesadas por otro tipo de “celebración”. Celebró la Trinidad en eterna donación de amor del uno hacia el otro que se abrió hacia su creación (Juan 1:1; Efesios 1:4). Celebró Dios cuando sacó todas las cosas de la nada, haciendo resonar su palabra creadora (Génesis 1:31); Celebró el Espíritu de vida cuando revoloteaba sobre el abismo (Génesis 1:1) e infundía el aliento en sus criaturas (Génesis 2:7); Celebró Cristo, la sabiduría de Dios, cuando afirmó la obra creadora y se deleitaba en el género humano (Proverbios 8:3-31). Celebró Noé cuando la mano poderosa de Dios lo rescató a él, a su familia y a la creación de la destrucción del diluvio (Gé-

nesis 8:20). Celebró Abraham cuando por la palabra de la promesa vio el día de Jesucristo (Génesis 13:15; Juan 8:56). Celebró Israel cuando experimentó los actos asombrosos al ser sacado de la esclavitud de Egipto (Éxodo 15:1-18), Celebró el mismo pueblo cuando en medio de su debilidad y pecado Yahvé le hizo heredar la tierra (Josué 8:30-35), Celebró Israel cuando por mano de los caudillos ungidos fue liberado de la opresión de los enemigos (2Crónicas 20:21; Sal 98). Celebraron los profetas cuando, en medio de una corrupción y decadencia insuperables, anunciaron el surgimiento del retoño de aquel tronco talado de Isaí (Isaías 11). Celebraron los ángeles y los pobres de la tierra cuando se cumplió el tiempo de la redención final (Lucas 2:8-20). Celebró Jesús con los suyos por la inauguración del tiempo nuevo de salvación (Lucas 10:17-21). Celebró el Señor al ofrecerse como sacrificio por la expiación del mundo (Hebreos 10:1-10). Celebraron los testigos, aquí abajo en la tierra y allí arriba en el cielo, cuando el crucificado se volvió el primero en resucitar y fue declarado Señor y Mesías (Hechos 2:32-36; 26:23). Celebró la iglesia primitiva al saberse partícipe de la salvación definitiva (Hechos 2:41-47). Celebró la gran multitud celestial por tener parte en las bodas del Cordero (Apocalipsis 19:1-9).

El hilo continuado de celebración que va de eternidad a eternidad está atravesado por una

única fibra: la celebración siempre es *celebración de este Dios que interviene en la historia para salvar* a su criatura en medio y a partir de un contexto de diametral oposición. Donde no había nada, él lo creó todo; donde había pecado, imputó su justicia; donde había desesperación, él dio un consuelo inefable; donde había muerte, hizo la vida. Y es este Dios y su intervención liberadora lo que siempre desató y dio el contenido a la celebración del pueblo de Dios.

La centralidad de Dios y su intervención salvadora hace que la celebración divina esté marcada por, al menos, tres dimensiones:

1 - *Dimensión escatológica*: El que celebra, está parado en el fin de los tiempos. Lo “escatológico” es lo que pertenece al fin de los tiempos (viene del griego *ésjaton* = el fin), pertenece a la esfera de una salvación que es definitiva, ya cerrada. Quizá nos sirva pasar este concepto de lo temporal a lo espacial, tomando un ejemplo de la ley de Moisés: allí se establece una serie de ciudades llamadas “ciudades de refugio” (Números 35:9-29). Era el lugar donde el inocente podía quedar a salvo de alguna venganza indebida. Este lugar de salvación se distingue, entonces, de todo otro lugar de riesgo o perdición. Otra metáfora espacial es la utilizada una y otra vez por el salmista que define a Yahvé como roca fuerte. Los profetas clásicos comienzan a hablar ya no de un espacio, sino de un tiempo de salvación, el

tiempo final (Isaías 19:18-24; Sofonías 3:16-20). Cuando Jesús entra en nuestra escena diciendo que “El reino de Dios se ha acercado” (Marcos 1:15), está haciendo algo increíble: declara que ese tiempo final tan esperado, ya se hizo presente. Todo el que celebra, está parado en este tiempo de salvación definitiva, y esto más aún con el pueblo del Nuevo Testamento.

2 - *Dimensión bélica*: La celebración del pueblo de Dios es una afrenta jactanciosa al diablo, al infierno y a la muerte que nos golpean. No se trata aquí de la ceguera que se niega a ver el dolor cotidiano, la debilidad del pecado o la tragedia humana. Al contrario. El pueblo de Dios celebra porque reconoce que más real aún que el dolor y la muerte es el Dios que interviene en su favor. El pueblo de Dios celebra no por ceguera, sino todo lo contrario, celebra porque ve el cuadro completo de la realidad: muerte, infierno y diablo ya fueron quebrados por aquél que tomó en sus manos nuestra historia y nuestra causa, Jesucristo, en quien ahora tenemos perdón, vida y salvación. Así, el orgullo y la jactancia ante los enemigos demoníacos siempre fueron parte constitutiva de la celebración del pueblo de Dios.⁸ No es que el creyente pierda el sentido de la realidad o la conciencia de su debilidad extrema ante su dilema, sino que apoya su confianza y certeza afuera de sí mismo, en aquel que demostró ser inevitablemente ven-

cedor en la batalla (Salmo 24:8). La celebración divina, por tanto, es al mismo tiempo clamor a Dios en medio de la tormenta pronunciado en inquebrantable certeza y afrenta al diablo pronunciado en la misma inquebrantable certeza.⁹

3 - *Dimensión confesional*: La celebración divina es, por último, confesión de fe, con todo lo que esto encierra. Es afirmación certera de ese Dios, como objeto único e infalible de confianza. Es consecuente negación y rechazo de cualquier otro que quiera jugar el papel de dios, ofreciendo otro sustento a la esperanza (Miqueas 7:18; Gálatas 1:8-9). Es convicción que se pronuncia en declaración pública, pues no puede mezquinar el disfrute de la salvación en la soledad del individuo, sino que desborda en invitación de cielos y tierra para sumarse en la exaltación universal (Salmo 98:7-8; Lucas 2:13-15). Es convicción que nunca logra esconderse en lo secreto (Mateo 10:27), pues su inevitable choque con el entorno hace que ese mismo entorno reclame cuentas de su contenido (Marcos 13:9-11; 1 Pedro 3:15). Es asumir con entrega y gozo que la consecuencia ineludible del testimonio (*martyría*) es el martirio (Marcos 8:34-38).¹⁰

Así, entre las varias historias de celebración divina que ya hemos mencionado, se suman ahora las tantas historias de una celebración sellada con sangre y persecución. Entonces, detrás de aquella “grande nube de testigos” de

Hebreos 11, celebraron también los mártires de antaño, como Esteban, los apóstoles Pablo y Pedro, Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna, Justino Mártir, Felicidad y Blandina; celebraron los padres de la Reforma, como Martín Lutero en Worms y los confesores en Augsburgo; celebraron los ancestros de nuestro Sínodo que rompieron con la Unión Prusiana y los que se negaron a correr detrás de las teologías de moda del siglo pasado. Y nosotros, ¿vamos a “celebrar un mensaje” en este contexto?

El “un mensaje” que celebramos

Se nos invita a celebrar algo en particular, en esta instancia “un mensaje”. El hecho que nuestro lema surge de Efesios 4 nos hace recordar que este “un mensaje” que celebramos en absoluto es “uno entre varios”, sino “el único”.¹¹ Dice el texto de Efesios 4:

“Esfúercense por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz. Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como también fueron llamados a una sola esperanza; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos y por medio de todos y en todos” (Efesios 4:3-6 NVI).

Ésta es una de las varias versiones cristianas que hace el apóstol Pablo de la *shemá*,¹² la confesión fundamental de la fe israelita que reza así: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Je-

hová uno es (*yahweh ejad*)” (Deuteronomio 6:4 – RV60). Este credo nace en el seno del politeísmo que Israel dejaba atrás, en Egipto, y que Israel debía confrontar en la tierra de Canaán. De modo que aquí se afirma algo con respecto al Dios de Israel (es monolítico, sin dobleces) y, fundamentalmente, se afirma algo con respecto a los otros dioses (son inexistentes, por cuanto Yahvé es el único Dios). Al reformular la *shemá* de la forma en que lo hace en Efesios 4, Pablo transfiere a cada elemento allí mencionado (el cuerpo, el Espíritu, la esperanza, etc.) el atributo del Dios de Israel de ser “Uno”: monolítico y único (su unicidad y su exclusividad). Así, por ejemplo, la esperanza es “una” por cuanto toda la iglesia tiene exactamente la misma esperanza (su unicidad) y por cuanto no existen otras “esperanzas” que lo sean legítimamente (su exclusividad).

Teniendo esta estirpe (Deuteronomio 6 y Efesios 4), nuestro lema no nos invita a celebrar un mensaje cualquiera, uno entre los muchos del mercado de ideas de nuestro mundo globalizado. Se nos invita, aquí, a celebrar un mensaje monolítico, sin dobleces (su unicidad), se nos invita a celebrarlo por tratarse del único mensaje de salvación (su exclusividad).

¿Y cuál es ese mensaje? Ese mensaje es Cristo Jesús, el que al manifestarse en la carne asumió nuestras miserias (desde aquellas que nos preocupan a nosotros en lo cotidiano hasta aquellas que le preocupan a Dios), haciéndose

pobre con los pobres y quebrantado con los quebrantados, volviéndose el maldito de Dios en nuestro lugar y en nuestro favor; Cristo Jesús, el que fue justificado por el Espíritu, cuando, al salir de su sepulcro, fue declarado como sacrificio suficiente para reconciliarnos con el Padre, fue absuelto, y junto con él fuimos absueltos nosotros también; Cristo Jesús, el que al ser visto por los ángeles fue admirado como Señor y Mesías; Cristo Jesús, el que es predicado entre los pueblos como sabiduría, justificación, santificación y redención del humano; Cristo Jesús, el que hoy es recibido y actúa por medio de la fe y mañana será exaltado y reconocido en su gloria (1Timoteo 3:16).

La unicidad del mensaje que celebramos, por tanto, no reside en que sostenemos un sistema compacto de varias doctrinas muy bien articuladas. Su unicidad está dada en que la doctrina no es más que una sola, o, mejor dicho, no es más que uno solo:¹³ Cristo solo (*solus Christus*), a quien se remiten, en última instancia, todas las “solas” que afirmamos como luteranos (*sola Scriptura, sola fides, sola gratia*). Abandonar un solo artículo del evangelio, es abandonar al Cristo entero.

La unicidad del mensaje que celebramos, habla también de la conexión absoluta e inseparable que existe (y que necesitamos mantener) entre las distintas formas que fue tomando este único mensaje a lo largo de la historia: el

Logos eterno no es otro que el Jesús histórico, y éste no es otro que el Jesús que anunciaron los apóstoles, y ese anuncio no es más ni menos que la palabra que llega hasta mí en el texto de las Escrituras, y ésta palabra no es más ni menos que la predicación que escucho de la boca de mi pastor, quien (aunque le conozco unas cuantas historias del pasado que no lo dejan bien parado) porta en forma legítima y digna el oficio público de la palabra.

Hoy día la iglesia padece una tremenda persecución en este respecto, persecución que busca separar un eslabón del otro de esta cadena. ¿Cuál es el resultado que se obtiene así? Incertidumbre, duda, sospecha e imposibilidad de salir del laberinto del desconsuelo y del infierno. Pero el hecho es que Dios mismo se ocupó con inigualable diligencia de certificar la unicidad de esta cadena, a fin de que las conciencias alcancen verdadero consuelo y puedan reposar en la certeza del evangelio.

En la introducción a la carta a los gálatas, el apóstol Pablo rechaza cualquier tergiversación del mensaje evangelio en base a su exclusividad: nadie puede venir con una versión diferente del evangelio, puesto que no hay otro evangelio (Gálatas 1:6-9). Y el monopolio que tiene este evangelio como único mensaje de salvación existente responde a que, al igual que Yahvé frente a los dioses falsos e inexistentes (1Corintios 8:4-6), este mensaje no nos viene de abajo, como producto de la imagina-

ción humana, sino de arriba, como revelación de Dios (Hechos 4:11-12).

En última instancia, este ser “uno” del mensaje que celebramos no es porque Cristo es el único dato del que hablamos, porque la cadena de transmisión de ese dato no tuvo interrupción o porque ese dato nos vino de arriba (de Dios). El mensaje que celebramos es “uno”, porque el Uno mismo en persona, el Dios Trino, el Padre de Jesucristo que es Dios y que comparte, en la unidad de esencia, su divinidad con el Hijo y el Espíritu Santo, es este Dios Uno quien viene a nosotros allí. Volviendo al texto de Efesios que inspira nuestro lema, el cuerpo, el Espíritu y el bautismo del que fuimos hecho parte son uno, la esperanza y la fe que abrigamos es una, no porque se parezcan en esto a Dios, sino porque Jesucristo mismo es el cuerpo al que fuimos incorporados en el bautismo, el Espíritu mismo es el ámbito de existencia en el que fuimos puestos, Jesucristo se nos presenta como nuestra esperanza, es el mismo Padre quien nos bautiza y concede el nuevo nacimiento, quien obra en nosotros la fe, quien “está sobre todos y por medio de todos y en todos”.

Celebrar este “un mensaje” es celebrar a Dios mismo, así como él viene a nosotros en su palabra para hacer con nosotros aquello que él hace por medio de su palabra: matarnos y darnos vida, colmarnos de nuestro pecado para desbordarnos en su justicia, aterrarnos

tra conciencia para consolarnos en el evangelio, aniquilarnos para crearnos de nuevo. Eugene Klug (1967, p. 24) dice que “Dios no viene a nosotros de otra forma. No podríamos enfrentarlo en su majestad descubierta y sobrevivir. Con mayor razón, entonces, no debemos despreciar los medios que Dios ha escogido”,¹⁴ sino gloriarnos en ellos. ¿Y nosotros?, ¿vamos a celebrar este “un mensaje”?

Hacia una misión hispana “celebrando un mensaje”

Hemos sugerido que celebrar este mensaje es precisamente la postura apropiada para encarar la misión hispana, considerando las particularidades del pueblo inmigrante hacia el que vamos y las particularidades de nuestra propia identidad confesional. Ahora bien, ¿cuál es la posición en la que quedamos parados al “celebrar este mensaje”?

Celebrar este mensaje nos deja parados con una *comprensión misiológica específica*, centrada, enfocada, jactada y forjada en torno a la palabra del evangelio.

- En ella sabemos que Dios mismo se acerca a nosotros y a nuestros hispanos para actuar en nuestro favor, dándonos la liberación que necesitamos y dándonosla del modo en que realmente la necesitamos. Forja así, nuestra forma de ver la realidad.
- En ella (en la palabra del evangelio) sabemos que el tiempo final de salvación, el lugar de re-

fugio que ansían nuestros refugiados-exiliados se hace realidad presente, sin traer aparejadas, como todo falso paraíso, nuevas esclavitudes que deshumanizan.

- Ir al encuentro de nuestro pueblo hispano celebrando este evangelio significa que nuestra misión no es solamente brindarles compañía en sus quejidos o amplificar su voz en la protesta, sino proclamarles a nuestros latinos aquella palabra que los mata para darles nueva vida, los condena para justificarlos, los aniquila para crearlos de nuevo.
- Afirmar la presencia real de Cristo en el evangelio, así como nos es conferido y confiado (por medio del ministerio de su enseñanza y de la administración de los sacramentos),¹⁵ requiere que articulemos nuestras estrategias misionales plegándonos deliberadamente al “orden de la salvación” (*ordo salutis*) que sostienen nuestras confesiones, las que afirman que, así como toda la historia de la salvación pende de Cristo y sucede en él (CA 3), toda historia de salvación pende de la justificación del pecador y sucede en ella (CA 4), del mismo modo toda historia de salvación pende del ministerio de la predicación y de la administración de los sacramentos (CA 5). Son los tres artículos juntos, y no uno sin el otro, el “cuello de botella” por el que Dios diseñó que fluyan su presencia y su actuar salvador. Esto determina dónde vamos a poner nuestras apuestas, nuestra confianza, nuestras ofrendas,

nuestras expectativas y nuestra valoración a la hora de planificar la misión hispana.

Celebrar este mensaje nos deja parados con *actitud de confesor*.

- Como confesores, no encaramos la misión de Dios desde la incertidumbre, sino desde la convicción que es capaz de suscribir su confesión de fe porque (*quia*) sabe que esa es “la palabra de vida” (Juan 6:68).¹⁶
- Como confesores, anhelamos dar cuentas de nuestra esperanza y buscamos con esfuerzo hacernos “todo para todos, a fin de salvar a algunos por todos los medios posibles” (1 Corintios 9:22). Aquí estamos hablando del esfuerzo que nos corresponde de predicar a partir de la contextualización.
- Como confesores, nos jactamos en la seguridad inamovible de la palabra, de su promesa y su consuelo, frente a todo ídolo que nos tienta con mejores resultados, mayor seguridad o paraísos más tangibles; y frente a todo demonio que busca hacernos dudar de la palabra y de los caminos de salvación establecidos por Dios. Aquí estamos hablando de las muchas “recetas mágicas” que pretenden deslumbrarnos y desconfiar del poder de la palabra.
- Como confesores, disponemos nuestras vidas para el martirio (en lo personal y en lo institucional).

Finalmente, celebrar este mensaje nos deja parados con un *gusto particular en la boca*: no el de la amargura de las tensiones internas y de los di-

lemas que nos rodean, sino el de la gozosa celebración de este Dios que entró en nuestra historia y actúa hoy en medio de su pueblo dándonos perdón, vida y salvación.

Al fin de cuentas, hablar de celebración y festejo en un contexto como el que nos convoca, más que “agradable y atractivo” resultó ser peligroso, pero ciertamente resulta ser nuestro privilegio y nuestro llamamiento. ¡A él sea la gloria por todos siglos! Amén.

Referencias

- Bente, F. (1921). *Concordia Triglotta: The Symbolical Books of the Ev. Lutheran Church – German-Latin-English*. St. Louis: Concordia Publishing House.
- Bultmann, R. (1964). "Agallíomia" en *Theological Dictionary of the New Testament* (1:19-21), G. Kittel (ed.). Grand Rapids: Eedmans Publishing Company.
- González, J. (2006). *Teología liberadora: Enfoque desde la opresión en una tierra extraña*. Buenos Aires: Ediciones Kairós.
- Groody, D. (2008). "On the Human Face of the Migrant" en *Missio Apostolica* (16/1), 67-69.
- Junkans, M. (2008). "In Search for a Lutheran Latino Church Planting Model: Reflections from a Church Planter on the Field" en *Missio Apostolica* (16/1), 35-45.
- Klug, E. (1967). "Luther on the Word" en *The Springfielder* (31/3), 22-33.
- Kunz, D. (1964). "La santificación en la doctrina luterana" en *En busca del pensamiento de Martín Lutero - Vox Evangelii* (5:83-130), B. Leskó (ed.). Buenos Aires: Facultad Luterana de Teología.
- Lutero, M. (1957-1968). *Luther's Works* (55 vols.), J. Pelikan, & H. Lehmann (eds). St. Louis: Concordia Publishing House / Philadelphia: Fortress Press.
- Lutero, M. (1967-1985). *Obras de Martín Lutero* (10 vols.), C. Witthaus, E. Sexuauer y M. Vallejo Díaz (eds). Buenos Aires: Editorial Paidós & Ediciones La Aurora.
- Oberman, H. (1982). *Lutero: un hombre entre Dios y el diablo*, J. Gil Aristu (tra.). Marid: Alianza Editorial.
- Oberman, H. (1994). *The Impact of the Reformation*. Grand Rapids: Eedmans Publishing Company.
- Pérez, B. & Pérez, J. (2008). "Testimonio de una pareja cubana en el ministerio del pastor y de la diaconisa" en *Missio Apostolica* (16/1), 78.
- Pew Hispanic Center (2007). *Changing Faith: Latinos and the Transformation of American Religion*. Recuperado el 20 de Junio de 2009, de <http://pewhispanic.org/files/reports/75.pdf>
- Pieper, F. (1950-1957). *Christian Dogmatics* (4 vols.) (tra. de *Christliche Dogmatik*). St. Louis: Concordia Publishing House.
- Sasse, H. (1964). "The Confession of Faith: According to the New Testament" en *The Springfielder* (28/3), 1-8.
- Sasse, H. (1999). "Quatenus or Quia?: An Interchange on the Nature of Confessional Subscription" en *Logia* (8/2), 5-7.

Notas

- 1 Significativas, en este respecto, son las expresiones con las que el matrimonio Pérez recuerdan su llegada a Estados Unidos: "Dios nos trajo a la libertad, a la tierra prometida" y "Fue una experiencia inexplica-

ble, un renacer. Por primera vez en muchos años éramos libres para escoger nuestro presente y futuro y poder expresar nuestra relación con Dios” (Pérez & Pérez, 2008, p. 78).

2 Justo González (2006, pp. 52-53) expresa así esta polaridad: “Los exiliados... viven en la ambigüedad de la gratitud y la ira. Viven agradecidos porque este país les ofreció –o sin quererlo, les dio– un refugio que otros les negaron. Pero también viven con ira, principalmente por dos razones: Primero, porque un número creciente se va percatando de que, a pesar de haber dejado su propia patria y tratar de echar raíces en ésta, serán por siempre exiliados, residentes en una tierra extraña que les da la bienvenida hasta cierto punto, pero no les permite entrar más allá de ese punto. Y segundo, porque muchos se van percatando de que los Estados Unidos, su tierra de refugio, es también la tierra que fue motivo de su exilio. Los exiliados políticos descubren la complicidad de los intereses estadounidenses en los acontecimientos que a la postre les obligaron a partir al destierro. Los exiliados económicos se van percatando de que la pobreza en sus tierras natales es la otra cara de la moneda de la riqueza de su tierra adoptiva. Los exiliados ideológicos descubren que todo lo que oían en sus países sobre la libertad y la igualdad, sobre todo cuando era cuestión de oponerse a los enemigos de los Estados Unidos,

no se oye tanto acá cuando se trata de brindar libertad e igualdad a las minorías étnicas y a los pobres.”

- 3 Groody (2008, pp. 67-68) termina preguntando “¿Dónde reside el poder de la vida, las dimensiones de la fe, las buenas noticias del evangelio para esta gente?”
- 4 Lutero detalla cuáles son las marcas de la iglesia (*notae ecclesiae*) en, al menos, dos versiones, en las que el padecimiento de la cruz y la disposición a llevarlas están presentes. Éstas son las marcas mencionadas en el escrito *Los Concilios y la Iglesia* (1539): Palabra, bautismo, cena del Señor, oficio de las llaves, llamado y ordenación de pastores y obispos, oración y acción de gracias y llevar la cruz (OL 7:137-277; Lutero, 1957-1968, [en adelante LW], 41:150-66). Por su parte, en el escrito *Contra Hanswurst* (1541), enlista las siguientes marcas: bautismo, cena del Señor, oficio de las llaves, oficio de la predicación de la Palabra, Credo apostólico, el Padrenuestro, respeto por las autoridades seculares, valoración del matrimonio como orden creado por Dios, sufrimiento de la iglesia y disposición a soportar persecución sin buscar venganza (LW 41:194-99).
- 5 Esto equivale al 11 % de los luteranos latinos, al 0.12 % del sector que se cambia de iglesia y al 0.02 % de la población total de latinos en los Estados Unidos.
- 6 Lutero sostiene, en su *Comentario a la carta*

a los Romanos, que “los santos, siendo justos, son a la vez pecadores; son justos porque creen en Cristo cuya justicia los cubre y les es imputada; pero son también pecadores, porque no cumplen la ley, no están libres de concupiscencia” (OL 10:255). “Totalmente distinta es la interpretación de Lutero cuando dice que el cristiano es simul iustus et peccator. Para Agustín, estos conceptos indican magnitudes parciales, para Lutero, en cambio, indican totalidades” (Kunz, 1964, p. 104).

7 Para ver algunas instancias del programa, visitar

http://www.youtube.com/watch?v=tzxi_Y4Xu8

8 “La alabanza a Dios y el orgullo de la comunidad o del individuo piadoso constituyen una unidad distintiva [en el AT]” (Bultmann, 1964, pp. 19-20). Es por esto que dentro del campo semántico de la celebración entran conceptos como “engrandecerse” (megalunzénai), “exaltarse” (hupsozénai) o “jactarse” (kaujászai).

9 Heiko Oberman explica que “La ferocidad misma del lenguaje de Lutero [con el que el Reformador suele atacar a sus enemigos, en cuanto representantes de Satanás], esos decibeles tan altos, tienen el doble propósito de desenmascarar al diablo y gritarle a Dios (clamare, schreien) tan fuerte, de modo que intervenga para desnudar al diablo y expo-

nerlo para que todos puedan verlo. Este doble propósito de gritar el evangelio para confrontar al diablo y perforarle los oídos a Dios, tiene un doble impacto. Proporciona un tiempo de gracia antes de la venida del Dies irae [el Día de la ira] (y del Dies gratiae [el Día de la gracia]), proporciona un interim en el que los ciegos sirvientes del diablo pueden ser convertidos... Pero, puesto que la predicación del evangelio hace que el anticristo reaccione con mayor ímpetu, trae un paso más cerca el adventus final, la segunda venida y el fin del mundo” (Oberman, 1994, p. 63).

10 Ver el sobresaliente artículo de Hermann Sasse, “The Confession of Faith: According to the New Testament” (Sasse, 1964).

11 La versión inglesa de nuestro lema está un poco más a salvo de esta ambigüedad que la nuestra de esta ambigüedad: lo que se celebra es “one message” y no “a message”.

12 Otras instancias encontramos en Romanos 3:29-30; 1Corintios 8:6; Gálatas 3:19-20 y 1Timoteo 2:5.

13 Las confesiones luteranas utilizan normalmente la forma plural “doctrinas” para referirse a la falsa enseñanza, mientras que la doctrina de Cristo, la doctrina del evangelio, siempre es referida con la forma singular. El profesor Norman Nagel explicaba esto diciendo que cuando se comienza a hablar en forma cuantitativa (más o menos santo, más